

ANTONIO KADDISSY OCD

ISABEL CATEZ: GENÉISIS DE UNA VOCACIÓN

Del contacto con la realidad totalmente humana, y con la apertura que la persona muestra hacia un mundo trascendental, nace la lógica de la vocación. En el hecho de tener propósitos, de planificar proyectos, y de tener una actitud de búsqueda, se muestra la dimensión vocacional en la vida de cada persona. Sin embargo, para captarla hay que saber detenerse, reflexionar, releer y reunir el conjunto de los acontecimientos que constituyen la propia vida. De aquí nace la idea de este pequeño estudio que tiene como título “Isabel Catez: Génesis de una vocación”.

En el intento de reconstruir todo el itinerario vocacional de Isabel Catez, nuestra carmelita descalza francesa, proclamada santa en octubre del 2017, recorreremos parte de su epistolario. En él, Isabel nos permite ver un conjunto de pequeñas misiones que aparentemente podrían estar aisladas una de otra. Sin embargo, al unir las, observamos la existencia de un hilo conductor percibido por la realidad de una mirada continua capaz de unir el conjunto global de los acontecimientos de su vida. El objetivo de la actual presentación es subrayar que el nacimiento de cualquier vocación tiene que pasar por el marco de la historia de la persona. En realidad, no se trata de un mundo paralelo a lo que la persona vive cotidianamente. Todo lo contrario, la auténtica vocación nace en el seno de la normalidad de la vida. De hecho, hablar de vocación es hablar de pequeños desafíos que se convierten en pequeñas misiones y juntos llegan a ser la Vocación.

I. LAS PRIMERAS MISIONES

El inicio del proceso vocacional de Isabel de la Trinidad se deja ver en la carta que escribió a su madre el primero de enero del año 1889. También, en la carta escrita el 31 de diciembre del mismo año, es decir, a los ocho y nueve años de su edad

respectivamente. ¿Qué hay de particular a nivel vocacional en estas dos cartas? Sin duda alguna, son palabras que brotan del interior de una niña que intenta expresarse con sinceridad, mostrando a la vez su realidad actual y el desafío que nace de esta misma realidad experimentada. Lo primero que nos permite captar Isabel en las cartas que escribe a su madre, es el estrecho e íntimo nexa que existe entre el binomio realidad-desafío, por un lado y, vocación-misión, por otro.

¿Concretamente qué presenta Isabel en estas dos cartas? Desde la lectura que realiza para sí misma, Isabel observa algunos defectos que en su gran medida afectan a las personas más queridas por ella, que son su madre, María Rolland, y su hermanita, Margarita Catez. De aquí surgen las primeras dos misiones que son extensiones de una misma vocación, que es el asumir plenamente la identidad de hija frente a su madre, y hermana mayor, frente a Margarita.

En la primera carta escribe lo siguiente: “quisiera prometerte que seré muy buena y muy obediente y que ya no volveré a hacerte enfadar, que ya no lloraré, y que seré una niña modelo para que estés contenta” (Carta 4). En la segunda, Isabel amplía todavía más su compromiso. Ya no se trata solamente de ser la hija que busca complacer a su madre sino también se da cuenta que el hecho de mejorar la calidad de su comportamiento y sus actitudes redundará directamente en su hermanita. Mejorar su carácter se presenta como una respuesta necesaria al rol de hija: “ahora que ya soy mayor, voy a ser una niña dócil, paciente, obediente, estudiosa y que nunca se enfade. En primer lugar, como soy la mayor, tengo que dar ejemplo a mi hermanita. No le llevaré más la contraria. En fin, seré una niña modelo. Y tú podrás decir que eres la madre más feliz del mundo” (Carta 5).

Sin embargo, hay algo más en esta carta. Un nuevo horizonte empieza a manifestarse en el mundo de Isabel: la interacción entre la vida humana y la vida divina. Dicha interacción encontró su razón en la preparación que recibía Isabel para su primera comunión. En realidad, podríamos decir que este nuevo horizonte, es decir la vida divina, causó en ella un doble efecto. Por un lado, añadió a la agenda de su vida una nueva misión: “como espero tener pronto la dicha de hacer la primera comunión, seré todavía más buena” y, por otro, le mostró que era posible la realización de sus retos: “le pediré a Dios que me haga todavía mejor”.

En otros términos, el ser buena para complacer a su madre, ser buena para dar buen ejemplo a su hermanita Margarita y ser buena para estar mejor dispuesta al recibir la primera comunión, estos tres propósitos se convirtieron en sus tres primeras misiones y dieron lugar de una manera u otra al proceso vocacional en su vida.

La niña pudo captar, a pesar de los pocos años que tenía, la fuerte conexión que existe, entre el propio ser, en todo lo que implica a nivel de actitudes, comportamientos, sentimientos y carácter, y el otro, en cuanto persona. También se dio cuenta de la verdad de la intervención divina, que tendrá su espacio en la vida de la persona, porque entra en un diálogo con sus propias capacidades y facultades humanas.

Dicha conexión, claramente expresada en estos primeros intentos redaccionales, saca a la luz también la primera percepción isabelina de lo que podría significar en su vida el término vocación: una misión a vivir y a realizar, en diálogo permanente entre la realidad humana y la realidad divina.

De estas ideas fundamentales nunca ha salido el itinerario vocacional de Isabel. Todo lo contrario, siempre se dejaba encaminar por la presencia de estas tres columnas: complacer a los demás, ser modelo y la confianza en la obra divina que todo lo hace posible. En todo lo que hacía y en todo lo que pensaba, las tenía presente y de manera muy clara y precisa en su conciencia. Nunca se alejó de ellas, pero las tenía asimiladas de tal manera que hacían parte de su propio ser.

Lo que dio lugar a esta unidad perfecta entre su persona y su vocación, es la experiencia de conocer el significado de su nombre, que según le explicaron al visitar a las carmelitas descalzas del Carmelo de Dijon, inmediatamente después de su primera comunión, significaba “la casa de Dios”¹. Su nombre se convierte a nivel etimológico en *la casa que tiene como propietario a Dios*, pero al mismo tiempo es la casa de la cual ella misma es responsable. Por un lado, ella es el huésped, porque Dios es más grande que ella, y por otro, Dios es el huésped porque es Él quien se encuentra en su pequeña casa. A partir de este momento, su misión se convierte en una respuesta a lo que su nombre en sí mismo significa. Todo esto la comprometía a emprender un camino de integración de sus misiones: en primer lugar, entre ella y su nombre y, en segundo lugar, entre su nombre y las otras tres misiones hasta entonces descubiertas y anteriormente mencionadas.

Para adentrarse más en el contenido de estas misiones era necesario para Isabel penetrar en todas las dimensiones de la vida cotidiana. Y para hacerlo era imprescindible educarse en una mirada que no aceptara bajo ningún concepto encerrarse en los límites de la costumbre o la rutina que convierten todo lo que se ve y se experimenta en algo superficial. Por lo tanto, para dar vida a las misiones que se descubren en el camino, es muy importante dejarse llevar por la experiencia de una conciencia que se muestra capaz de unir los acontecimientos y las respuestas adecuadas a cada misión, y al mismo tiempo capaz de salvar a la persona de caer en la trampa de una vida contingente, es decir, sin razón, sin objetivo y sin decisiones concretas que contribuyan de una manera u otra a construir el propio ser y la propia identidad en este mundo.

Tener este tipo de mirada, permitió a Isabel ver crecer en ella misma, y poco a poco, un infinito número de verdades que sin duda alguna tenían su importancia en fomentar los pequeños desafíos en el itinerario de la vida. Para complacer a su madre y para ser modelo para su hermanita era necesario, como primer paso, aprender

¹ La madre María de Jesús, entonces superiora del monasterio de las carmelitas descalzas de Dijon, le dio una estampa que en el reverso tenía escrito lo siguiente: “Tu santo nombre gran misterio encierra, que en este día realizó el Señor. Niña, tu corazón es en la tierra Casa de Dios, de Dios que es todo amor”.

a destacar la belleza de estar en familia. No es raro escuchar a Isabel expresándose así: “Nos sentimos muy felices de encontrarnos en familia” (Carta 8), y en otro lugar, escribir lo siguiente “Disfruto de una dulce vida de familia”. En realidad, disfrutar de la fuerza de unión que existía en la familia fue lo que hizo más fuerte el compromiso que pronunció frente a su madre y hermana. Esta unión facilitó mucho la misión recibida por Isabel, porque ya no se trataba de realizar hechos para que sus queridas estuviesen alegres, sino de responder a una alegría gratuita recibida del estar unida a su familia; entonces, el papel que le toca es conservar esta alegría manteniendo al mismo tiempo la unión familiar.

Uno de los momentos en los cuales Isabel mostró su gran capacidad para valorar la alegría de los miembros de su familia por encima de cualquier otra alegría, es su manera de actuar frente al siguiente acontecimiento que ella misma narra en una de sus cartas:

en el Conservatorio² ha habido un gran revuelto por mi causa. El jurado me había otorgado un premio por unanimidad: pero el Sr. Fritch, cuya alumna había conseguido otro, pensó que yo iba a eclipsar la gloria de su alumna. Corrió al gobierno civil, y la Sra. De Vendeur también. Y lo hicieron tan bien, que el gobernador le dio la razón.

Ante este disgusto que uno podría sentir frente a la injusticia en el no reconocer el propio talento, Isabel, en cambio, muestra una actitud diferente y concluye así la narración: “Margarita ha conseguido un segundo premio en piano. Esto es fantástico”³. Y a continuación empieza a hablar del viaje que inicia junto a su familia a los pocos días de ese mismo acontecimiento: “llegamos el martes, después de pasar la mañana en Cette y muy felices de volver a encontrarnos en familia”. Por un lado, Isabel goza al ver a su hermana premiada y, por otro, expresa la felicidad que experimentan las tres en el compartir familiar. Isabel aquí muestra una capacidad de sublimación muy desarrollada para una adolescente que acababa de cumplir los catorce años. En realidad, lo que da razón a esta capacidad de sublimación es la visión que Isabel tiene sobre el fin principal que deben tener los talentos siempre, que es la delicia de compartirlos con los demás. En esta línea se puede entender a Isabel cuando escribe a su amiga la señorita Alicia Chervau: “Me imagino que deleitarás a tu familia con tus brillantes dotes de pianista” (Carta 9).

² En octubre de 1888, María Rolland matriculó a Isabel en el Conservatorio de Dijon. A los 13 años recibe su primer premio musical tanto de solfeo como de piano.

³ “Guita... con doce años (un año antes que Isabel) ha concluido los cursos de piano, obteniendo un primer premio; a los 13 largos, acaba de conseguir el premio extraordinario, aquel premio que le negaron hace dos años a Isabel, como indica a Alicia: «El Sr. Diétrich le ha enviado a mamá cuatro periódicos que colman de elogios a Margarita»”; C. DE MEESTER, *Isabel de la Trinidad. Biografía*, Burgos 2007, p. 165.

2. LAS AMISTADES: ESCUELA DE APRENDIZAJE

Paralelamente a la alegría que encontraba en la unión familiar, Isabel empezó a crear en su vida relaciones de amistades que, por las costumbres de aquella época tenían que pasar por ciertos filtros, si podemos llamar así, de las relaciones entre las familias. En otros términos, el mundo de las amistades en la vida de Isabel nació también en el seno de las amistades de su familia y no fuera de ellas. Sin embargo, esta realidad no era un obstáculo para crear un espacio propio donde compartir la vida interior, es decir, lo personal, tanto las alegrías como las preocupaciones y tristezas.

Un buen ejemplo de todo esto lo encontramos de manera repetida en muchas de sus cartas, con frases que expresan a la vez la intimidad personal y la amistad entre las familias. Como ejemplo de la intimidad personal: “y tú Alicia de mi vida, ¿a qué te dedicas?” (Carta 9) o también “He esperado a que volvieras a Dijon para contestar a tus dos atentas cartas, que me han producido una gran alegría” (Carta 11), y por otro lado, como ejemplo de amistad a nivel familiar: “Adiós, querida Alicia, Guita (su hermana) se une a mí para mandarte un abrazo de todo corazón, y otro para la Sra. de Chervau, a la que mi madre le envía sus mejores saludos” (Carta 11).

En realidad, la nuestra insistencia en esta experiencia en particular busca mostrar dos cosas. La primera, el aprendizaje que tuvo Isabel a nivel personal en sus relaciones, sobre aspectos íntimos y personales. Y la segunda gira entorno a los efectos dejados por estos mismos aprendizajes en el trato con su familia, en una etapa posterior de su itinerario vocacional. Miremos pues a sus amistades, subrayando así algunas verdades que nacieron a partir de ellas y como aprendizaje propio.

El eco del primer aprendizaje que equivale a una de las principales verdades que dejaron huella en el itinerario de Isabel, se muestra en lo que escribe a su amiga la señorita Francisca Sourdon, el 9 de agosto de 1898, “A ti yo te recuerdo con frecuencia, y hubiese querido tenerte conmigo para admirar juntas todas las cosas bellas que hemos visto” (Carta 16). En realidad, aquí se trata del deseo que ha acompañado a Isabel en toda su vida terrena. Es el deseo de compartir todo con todos. Es un deseo que abarca toda su vida y que le lleva a compartir con todos lo que descubre, lo que vive y lo que experimenta.

A través de este deseo, Isabel manifiesta un tipo de alegría que sólo alcanza su plenitud cuando es compartida con los demás. Va mucho más allá de un deseo superficial de querer compartir un momento concreto, un ambiente hermoso o un paisaje fantástico; es el deseo de compartir una experiencia que se ha convertido en ella en una verdad principal, nunca pasajera, por la cual se siente llamada a invitar al mundo entero; es el desear tener a los demás en el lugar donde ella está, no para aumentar su alegría relacionada con el propio gusto, sino para llevar la alegría de la verdad descubierta y experimentada a la vida de los demás.

De hecho, y en este contexto, concretamente podríamos hacer referencia a lo que escribe Isabel a otra amiga suya, la señorita María Luisa Maurel

he estado muy ocupada toda esta temporada. Hemos tenido una Misión estu-penda que ha durado cuatro semanas. ¡Cuánto te recordé y recé por ti durante estos días benditos! Me hubiera gustado tenerte aquí conmigo y asistir juntas a esas charlas tan hermosas y conmovedoras... ¡Cómo me habría gustado asistir contigo a esta Misión y cuántas cosas habría tenido para decirte! (Carta 22).

En el primer ejemplo Isabel se refería a la naturaleza y en el segundo ejemplo a la instrucción y la formación. Es el mismo deseo que está dentro de ella: que el otro esté donde ella está, para gozar de la verdad.

Ambos ejemplos manifiestan una verdad que empieza a tener lugar en la vida de Isabel y que puede ser pronunciada en la vida de cada persona. Isabel se presenta con la actitud de una persona liberada de las cadenas de lo que podríamos considerar como egoísmo. En el hecho de que ella desea que los demás vean y experimenten lo que ella ve y experimenta, busca dar la misma oportunidad a todos y resolver la dificultad de la que nos habla la parábola de los obreros de la viña en el evangelio según Mateo “Todavía salió (el propietario) a eso de la hora undécima y, al encontrar a otros que estaban allí, les dice: ‘¿Por qué estáis aquí todo el día parados?’ Dícenle: ‘Es que nadie nos ha contratado’” (Mateo 20, 6-7).

El segundo aprendizaje que adquirió Isabel en sus relaciones de amistad lo vemos reflejado en lo que ella misma escribe en una nueva carta a su amiga la señorita María Luisa Maurel: “voy a perder a dos amigas que se van a casar, sobre todo a una a la que yo quería mucho y que se irá de Dijon porque se casa con un oficial de marina. Nos vemos a menudo y siento ver acabarse nuestra dulce intimidad, aunque me alegro de la felicidad de mi amiga. ¡No hay que ser egoístas en la amistad!” (Carta 23).

En lo que acabamos de leer podemos detenernos ante dos actitudes interiores, pero al mismo tiempo de tipo relacional, porque tienen al otro como agente o protagonista. La primera actitud trata del sentimiento de tristeza ante la futura separación entre ella y una de sus amigas más íntimas. En cambio, la segunda actitud viene con la misma capacidad de sublimación mencionada anteriormente, con la cual intenta poner de relieve la verdad que tiene que caracterizar una verdadera relación, el alegrarse por la alegría del amigo, pues en eso no hay que ser egoístas, afirma Isabel.

Sin duda son dos actitudes que tuvieron su lugar en el desarrollo de la vida de Isabel. Sin embargo, lo que descubrió desde el inicio es la necesidad de encontrar un equilibrio entre ellas. No se trata de una sublimación que busca anular una de las dos, sino de dar a cada una de las actitudes su propio lugar. En la lógica de Isabel, la alegría no quita la tristeza.

Entre ellas sí, hay oposición, pero no son incompatibles. Alcanzar esta visión requiere un esfuerzo continuo que va en la línea de una búsqueda ininterrumpida de

lo que puede asegurar ese equilibrio. Es decir, buscar lo que concretamente puede encaminar a la persona a encontrar a la vez una respuesta práctica y convincente. Por eso, no era para nada extraño escuchar a Isabel decir, por un lado: “¡Qué gran sacrificio nos manda el Señor al poner una distancia tan grande entre nosotras! ¡Me gustaría tanto verte a menudo, pues nos entendemos tan bien las dos!” (Carta 19), y por otro, decir a la misma destinataria en otra carta: “¡Cuánto me hubiera gustado estar ayer a tu lado para decirte con un gran beso cómo te quiero y todos los votos que formulo por tu felicidad...! Pero como estamos tan lejos, lo único que podemos hacer es recordarnos y rezar mucho una por otra. La oración es el vínculo de las almas” (Carta 20).

Sin quitar la nostalgia por la separación, sin olvidar la tristeza que pueda surgir de esta misma nostalgia, Isabel llega al mismo tiempo a convencerse de la presencia de un vínculo fundamental y verdadero que puede unir a las almas, y que para ella es la oración. Pero es muy significativo, al mismo tiempo, la pregunta que hace Isabel en otra carta a la misma persona: “¿por qué estaremos tan lejos, querida María Luisa?” (Carta 21). En realidad, podemos ver aquí que ni la convicción puede quitar el oscilar de los sentimientos del corazón.

A partir de esto podemos decir que dos misiones se añadieron al itinerario vocacional de Isabel. Por un lado, tenemos el deseo de que las personas estén donde ella está, contemplando así la misma y la única verdad. El fundamento de esta misión está en el hecho de que Isabel nunca “vive enclaustrada en la interioridad de sí misma”⁴ y por otro, el saber unir y nunca disociar entre diversos binomios que pueden tener lugar en nuestra vida, – concretamente y partiendo de lo que hemos visto, entre la alegría y la tristeza, entre el encuentro y la distancia o la separación, – sino buscar la verdad profunda, que a pesar de la contrariedad existente dentro de estos mismos binomios, alcanza a asegurar la permanente compatibilidad y complementariedad entre ellos.

3. EN MEDITACIÓN CONTINUA

Pasamos ahora a un círculo todavía más íntimo en la vida de la adolescente Isabel. Después de haber abordado el tema de la intimidad vivida y experimentada a nivel de las amistades particulares que ella pudo construir y profundizar cada vez más, llegamos ahora a un espacio más interior y personal en su vida. Y para aclarar lo que estamos proponiendo, vamos a enfocar la mirada a la experiencia de las muchas excursiones y peregrinaciones realizadas en familia.

Es verdad que eran excursiones familiares, y es verdad también que muchas veces fueron compartidas con personas que pertenecían al núcleo de las amistades de Isabel, sin embargo, esas excursiones y peregrinaciones eran oportunidad para que

⁴ C. GARCÍA, *Sor Isabel de la Trinidad. Experiencia de Dios en su vida y escritos*, Burgos 2006, p. 36.

Isabel encontrara un espacio íntimo y personal, que sólo ella conocía, y si lo expresa a los demás es porque está convencida de su utilidad para arraigar y consolidar el conjunto de las misiones que la vida le está revelando. En realidad, Isabel si no hubiera hablado en sus cartas, de las experiencias muy personales, de su interacción con todo lo que miraba y contemplaba, no habría sido fácil ver la madurez, si podemos considerarla así, de su llamada al Carmelo, como una nueva misión suya.

¿De qué estamos hablando precisamente? Por ejemplo, de la tranquilidad experimentada en Lourdes, lugar al que Isabel define como “rincón de cielo”. Isabel pudo gozar de esta tranquilidad a pesar de las peregrinaciones, aunque no eran tan numerosas, según afirma, y a pesar de que siempre estuvo en compañía y nunca sola: “pasamos tres días deliciosos”.

El único lugar al cual uno podría asociar la tranquilidad de la que habla es “al pie de la gruta”, pero tampoco allí, porque Isabel escribe lo siguiente: “Al pie de la gruta me acordé mucho de ti. ¡Ay, si vieras qué ratos tan buenos se pasan allí y cómo se emociona una!”, dirigiéndose a su amiga la señorita Valentina Defougues (Carta 15). Todo esto nos permite entender de que la tranquilidad buscada, encontrada y gozada en la vida de Isabel, no significaba ni la ausencia ni tampoco el no darse cuenta de la presencia del otro, incluso en su mundo más íntimo.

Hablamos también de la relación que tuvo con la naturaleza, en la diversidad y en la riqueza y la hermosura que encontraba en cada parte de ella. Podemos decir que Isabel en su contacto con la naturaleza supo cómo escrutar el secreto que dejó en ella la mano del Creador. Su admiración por la naturaleza le hizo emprender un camino de meditación, e incluso contemplación, de la verdad escondida más allá de lo que cae bajo del poder de los sentidos.

En su contacto con la naturaleza Isabel descubrió un nivel de comunicación de tipo ascendente y descendente a la vez. Ascendente porque le permitía percibir la comunicación divina a través de la belleza que nace y encuentra su razón y fundamento en la armonía que existe entre sus diversas manifestaciones. La armonía entre fenómenos que verdaderamente difieren entre ellos. Y descendente, por la conciencia de que ese más allá, adonde quiere llevarla esa comunicación divina, no es sino a su mundo interior, a un encuentro con su propio ser, es decir, a una comunicación consigo misma.

Todo eso lo podemos subrayar en el estilo que utiliza para expresarse sobre las experiencias vividas durante las excursiones que realizaba junto a su familia. Es asombroso ver cómo Isabel llega a mostrar en unas mismas vacaciones una serie de impactos, separados entre ellos únicamente por algunas horas o por algunos pocos días, por su contacto con diferentes panoramas naturales. Ejemplos significativos son las cartas quince y dieciséis que tienen dos destinatarias diferentes⁵ y narran las mismas vacaciones.

⁵ Respectivamente: a la señorita Valentina Defougues y a la señorita Francisca Sourdon.

En la primera, Isabel habla de una experiencia de tipo de *éxtasis silencioso* por contemplar la grandeza y la hermosura de las montañas de los Pirineos: “esa ruta en coche, desde Pierrefite⁶, es maravillosa; íbamos en un éxtasis silencioso ante esas hermosas montañas que me vuelven loca y que nunca hubiera querido dejar”. En la otra carta, Isabel también se expresa sobre el mismo panorama, pero esta vez con otros términos: “para mí aquello fue el paroxismo del entusiasmo”.

Después de haber mostrado su deseo de no querer dejar ese lugar de *éxtasis silencioso*, Isabel sigue con su narración y añade: “sin embargo, Luchon⁷ nos tenía reservado algo mucho más hermoso todavía. Para mí el lugar es incomparable”, y en otro momento “ahora estoy en el campo en mi querida Carlipa, que tiene también su propio carácter, con su precioso valle”. Con sus palabras, Isabel nos deja ante unos principios que merece la pena subrayar. Sin duda alguna son principios que tuvieron su lugar en la orientación de su itinerario vocacional.

En realidad, a partir de lo que dice Isabel aquí, uno podría aprender la importancia que tiene alejarse de todo tipo de comparación entre las diferentes realidades. Dicha comparación podría influir en el hecho de llevar una vida limitada por el criterio de la nostalgia. De hecho, una vida de este tipo manifiesta la tendencia de querer quedarse en el lugar donde las experiencias extraordinarias se han hecho presentes alguna vez. Además, las palabras de Isabel en esta carta nos ponen ante un tipo de advertencia indirecta: no buscar lo valioso únicamente en lo que aparenta ser grandioso. Todo lo contrario, hay que saber dejarse llevar por la sorpresa que a su vez muestra el nivel de apertura que tiene la persona al fenómeno de la gratuidad: fundamento imprescindible en el proceso de la realización.

Siguiendo la línea desarrollada en el párrafo anterior, se puede situar lo que expresa Isabel a continuación. En primer lugar, lo que ella narra sobre un nuevo tipo de excursión, muy diferente a las que ha conocido hasta el momento. Se trata de “una excursión para subir a la ‘Sima del Infierno’” a “1801 metros de altitud” y donde corría junto a unas amigas, “por el borde del precipicio sin sentir el menor vértigo”. A través de lo que se narra aquí, Isabel muestra una nueva dimensión de su persona: su amor a la aventura y el coraje que muestra cuando se presenta la ocasión.

Y, en segundo lugar, la valoración que mostraba hacia la vida del campo. Una vida caracterizada por la tranquilidad y la calma: “llevo una vida serena y tranquila, esa vida del campo que tanto me gusta”. Se trata pues de la revelación de una nueva dimensión de su carácter. En esta misma línea se puede leer el gozo que siente por la soledad experimentada en el marco de un viaje a la Gran Cartuja en Marsella. Isabel lo describe de la siguiente manera: “si vieras⁸ lo bonita que es esa ruta del Desierto y qué verdes y pobladas de árboles están esas montañas... Es la soledad más profunda con

⁶ Una comuna de Francia en la región de Isla de Francia.

⁷ Una ciudad y comuna francesa, situada en la provincia de Alto Garona, en la región de Occitania.

⁸ A la Señorita María Luisa Maurel.

que se pueda soñar. Es como estar a cien leguas del mundo, tan perdido se encuentra uno entre estas montañas que tienen un aspecto en extremo salvaje” (Carta 18).

En resumen, al mirar detalladamente las experiencias vacacionales de Isabel, y de manera particular aquellas acontecidas entre julio y agosto de 1898, se podría observar lo siguiente: por un lado, podríamos notar claramente la experiencia de oración manifestada en una meditación continua. Decir continua no quiere decir para nada que es ininterrumpida. En realidad, lo que muestra Isabel, es una vida caracterizada por una actitud de meditación y no una vida que busque hacer meditación. Por otro lado, podríamos observar la existencia de un conjunto de características que suelen acompañar una verdadera experiencia de meditación. Entre ellas vemos experiencias como: la calma, la tranquilidad, la serenidad, la soledad, un éxtasis silencioso y un espíritu venturoso, entre otras.

4. RECONCILIACIÓN DE MISIONES

Todo lo expuesto hasta ahora, Isabel lo vive en compañía de una voz que va aumentando progresivamente su intensidad en su interior. Es la voz que le invita a consagrar su vida a Cristo, y, concretamente en el Carmelo, un nombre que resuena y se arraiga cada vez más en su interior. De hecho, y al unir todas estas pequeñas experiencias, podríamos dar respuesta a quien haría la siguiente pregunta: ¿Por qué eligió el Carmelo?

Se podría decir que dichas vacaciones marcaron un antes y un después en el itinerario vocacional de la joven Isabel. Lo que vivía anteriormente, en secreto, a través del voto de virginidad pronunciado a los catorce años⁹ en privacidad absoluta, entre ella y Jesús a solas, llegó el momento de ser revelado y realizado públicamente.

La primera vez que Isabel expresó su deseo de solicitar a su madre el consentimiento para ingresar en el Carmelo fue en su Diario espiritual en marzo de 1899. Es decir, unos pocos meses después de la finalización de las vacaciones. Y la primera vez que manifestó por escrito su llamada al Carmelo fue en noviembre del mismo año, en una carta a su íntima amiga María Luisa Maurel “Sí querida María Luisa, el Maestro nos llama por caminos diferentes¹⁰. ¡La porción que ha elegido para mí es muy hermosa!... Tú crees que mi partida para el Carmelo está ya próxima, pero no será antes de que cumpla veintiún años” (Carta 25).

⁹ “Iba a cumplir catorce años cuando un día, durante la acción de gracias, me sentí irresistiblemente arrastrada a tomarle por mi único Esposo; y, sin más dilaciones, me unía a Él para siempre con el Voto de virginidad. Nada nos dijimos –añadió– al hacernos esta confidencia, pero hubo una entrega total de corazones entre los dos” (*Recuerdos* 2, 5).

¹⁰ A María Luisa por el camino matrimonial y a Isabel a la vida consagrada.

A partir de aquí, Isabel encuentra una nueva misión en su itinerario vocacional. Se trata de cómo asumir y hacer realidad esta llamada al Carmelo. El gran desafío que habría podido sufrir Isabel aquí es conseguir reconciliar la nueva misión con las dos primeras de su vida: El complacer a su madre y el ser modelo para su hermana Margarita. Dicha reconciliación era necesaria para Isabel por dos razones. Por un lado, para calmar la propia conciencia al permanecer fiel a sus dos primeras misiones. Y por otro, como una ocasión excelente para realizar una lectura profunda de todo el itinerario vocacional recorrido hasta el momento. Me gustaría argumentar este proceso de reconciliación con la frase que Isabel escribe en la carta veinticinco, a continuación del párrafo citado anteriormente: “así que, como ves, aún me queda un año largo para disfrutar de mi querida mamá y de Guita. Reza mucho por mamá, querida amiga, para que Dios la sostenga en este duro sacrificio. ¡Sí, qué dura va a ser esta separación! Pero el divino Maestro lo quiere así, y Él sabrá arreglarlo todo”.

El año del que habla aquí Isabel, será el año en que mezclarán todos los papeles. Sin embargo, y antes de volver la mirada específicamente a dicho año, vemos que es importante también, con el fin de completar la reconstrucción de la génesis de su vocación, mirar hacia el periodo inmediatamente anterior a este año. Siempre con la misma clave: la fidelidad al conjunto de sus misiones, es decir, el compromiso de encontrar una auténtica reconciliación entre ellas.

El primer intento para hacer posible esta reconciliación es el don de la espera que caracterizó a Isabel. Ella, por intuición interior y por su capacidad de leer adecuadamente los signos que le rodeaban, pudo alimentar en sí misma esta virtud tan fundamental. En realidad, la espera implica cierta capacidad de paciencia y confianza a la vez.

Antes de expresar su deseo de ingresar al Carmelo, Isabel mostró una gran consideración por la realidad física de su madre y por su estado psicológico. Sabía muy bien la mutua influencia entre ambos estados, especialmente en su madre. Esto lo podemos ver en su Diario, que era para ella el lugar para un ejercicio de intimidad, que tenía como destinataria exclusivamente a ella misma: “si mamá no acabase de estar tan enferma, quizás hubiese intentado obtener su consentimiento para mi vocación” (Diario 50). Y al mismo tiempo seguía pidiendo al Señor que le enseñara el camino a pesar de que estaba muy convencida y segura de lo que quería “¿Qué hacer, Dios mío? Tú bien sabes que yo sólo quiero lo que tú quieras. Muéstrame siempre el camino” (Diario 50). Si miramos bien al contenido de lo que Isabel escribe aquí, podemos notar que la luz que pedía no era la seguridad de su llamada al Carmelo, sino el que Dios le mostrase el camino que tenía que recorrer para llevar adelante esta vocación. Esto manifiesta su preocupación y su interés en alcanzar la reconciliación deseada con sus otras misiones.

Además del estado físico, Isabel tenía muy en cuenta el carácter de su madre. Sabía muy bien que era consecuencia de las duras circunstancias de la vida. Por un lado,

la enfermedad causada por la picadura de una víbora, que dejó huellas muy marcadas en su apariencia física. A los cuarenta y cinco años, el aspecto de su rostro daba la sensación de estar frente a una mujer de unos sesenta años, según afirman muchos testimonios¹¹. En este contexto, uno podría entender bien lo que expresa Isabel en una carta a una amiga, subrayando que la enfermedad de la Sra. De Rostang, donde se hospedaba ella y su familia, “no le ha dejado ningún rastro, está más joven y elegante que nunca” (Carta 14).

Por otro lado, está la experiencia dura que tuvo la madre en el momento del nacimiento de Isabel. El peligro de perder a la niña, todavía no nacida, y también el peligro de perder la propia vida. Sin duda alguna, Isabel con su enorme capacidad de leer los acontecimientos, veía en la preocupación excesiva de su madre y en su amor más o menos posesivo, el miedo a perderla. Su madre no estaba preparada para emprender una aventura que le podría costar la pérdida de alguna de sus hijas. Isabel respetaba este lado débil de su madre, que al mismo tiempo marcaba la diferencia entre ellas, a nivel de caracteres y actitudes. Un ejemplo de eso lo podemos encontrar en la siguiente narración: “En Marsella visitamos también un trasatlántico, que me interesó mucho. Mamá tenía un miedo atroz, pues el barco estaba en alta mar y, para llegar hasta él, la barquilla se movía mucho; así que se alegró mucho de volver a encontrarse en tierra, pues no comparte mi enorme entusiasmo por ese hermoso mar que a mí me gusta tanto” (Carta 18).

Y tampoco, Isabel nunca olvidó el gran impacto que dejó en su madre la muerte del padre por un ataque cardíaco. Esta consideración se manifestó en Isabel a través de su apoyo permanente a su madre, tratando de secar sus lágrimas y convirtiéndolas en un oasis de seguridad y alegría. Sobre este apoyo, Isabel escribe a una amiga suya confortándola por la pérdida de su padre: “No puedo creer lo que acaban de decirme, y mi corazón no se aparta de ti. Yo he pasado por esas angustias, y por eso comprendo tu dolor... Ánimo, pues tu madre va a necesitar mucho de ti para superar la situación” (Carta 96).

En realidad, Isabel estimando todas estas condiciones de su madre, optó por esperar con el fin de encontrar el buen camino que puede asegurar la alegría para todas. No era ella quien puso fin a esta espera. En realidad, fue su hermana Margarita quien asumió el papel de intermediaria. No porque Isabel se lo pidiera, sino por pura iniciativa suya. Isabel narra en su Diario lo que aconteció, de la siguiente manera:

Margarita le ha vuelto a hablar a mamá de mi vocación. Mamá le ha dicho que creía que yo ya no pensaba más en el asunto... Después de comer, mi pobre madre me habló del asunto y, cuando vio que mis ideas seguían siendo las mismas, derramó copiosas lágrimas y me dijo que cuando cumplierse los veintidós años no

¹¹ Cfr. R. CUARTAS – F.J. SANCHO, *100 fichas sobre Isabel de la Trinidad*, Burgos 2006, p. 35.

me impediría irme, que sólo faltaban dos años, y que en conciencia no podía abandonar antes a mi hermana (Diario 105).

5. MEZCLA DE PAPELES

En las palabras de la madre, anteriormente citadas, es obvio ver una resonancia de lo que en el interior de Isabel tenía gran importancia. Si bien la madre derramó copiosas lágrimas, esto es contrario al propósito fundamental de Isabel de verla alegre; y el reavivar en ella la conciencia de no abandonar a su hermana menor, porque todavía la necesitaba.

Desde aquí podemos empezar a hablar de la mezcla de papeles en el último año de espera. ¿Qué entendemos con eso? Al principio, en la primera fase, Isabel veía su vocación como un sacrificio y un gran peso para sus seres queridos. Pensaba más en cómo aliviar ese yugo bajo el cual se encontraba su familia. Puede ser que, hasta cierto punto, Isabel no se diera cuenta que también ella compartía una parte del mismo sacrificio llamado separación. O bien, consideraba que lo tenía bien controlado. Leemos aquí lo que escribe “reza mucho por mamá, querida amiga, para que Dios la sostenga en este duro sacrificio” (Carta 25). Y también: “yo haría cualquier cosa por evitarles una sola lágrima, y soy quien se las hace derramar de esta manera” (Diario 105).

En una segunda fase, Isabel empezó a enfocar más su atención en el sacrificio en sí mismo. Su gozo por su decisión vocacional ya no es la única realidad que se comunicaba en su interior. El miedo de no poder realizar su vocación iba disminuyendo poco a poco con la proximidad de la fecha establecida para su ingreso en el Carmelo. En cambio, el beber del mismo cáliz de su familia se iba cada vez más intensificando. Ahora lo que une a los tres miembros de la familia no es el lema de la vocación de la hija mayor, sino el cáliz de la separación. Pareciera que Isabel ha entrado por un tiempo en la siguiente lógica: “al bien difícil corresponde la intensidad proporcional del esfuerzo para conseguirlo”¹².

Para entender mejor esta segunda fase, exponemos aquí algunas citas que según su orden cronológico dan una idea clara de la intensificación creciente de este sacrificio. Isabel parte en un primer momento de un discurso sobre el sacrificio que tendrá lugar al separarse de su familia. Subraya más su dimensión futura:

ay, ya pronto seré completamente tuya y viviré en soledad, a solas contigo, viéndolo sólo contigo, hablando sólo contigo. Yo sé, yo siento que Tú estás suspirando por ese día en que tu amada será por fin toda tuya. Y ella, ella también lo espera impacientemente. Ay, ella tendrá que hacer un enorme sacrificio al separarse de las que ama (Diario 111, 27 de marzo del 1899).

¹² R.M. DE BALBIN, *Sacrificio y alegría*, 2ª edición, Madrid 1975, p. 54.

En un segundo momento Isabel llega a hablar de un sacrificio ya presente en el momento actual: “para mi habría sido un descanso, pero Dios ha querido que las cosas sean de otra manera” (Diario 124, el 31 de marzo del 1899). Y en un tercer momento, Isabel empieza a asociar, de una manera u otra, la intensificación del sacrificio por el aumento del sufrimiento de su familia: “¡qué duro es hacer sufrir a los que amamos! Pero es por Él. Si Él no me sostuviese, en ciertos momentos me pregunto qué sería de mí” (Carta 38, el 1 de diciembre del 1900).

El cuarto momento se caracteriza por situar, en el mismo nivel, el gran deseo del día de ingreso al Carmelo y el sacrificio de la separación: “he deseado tanto y he esperado tanto ese día, que me parece estar soñando. Pero no crea que no sienta el sacrificio. Se le ofrezco a Dios cada vez que pienso en la separación” (Carta 55, el 19 de mayo de 1901). Y, en último momento, en lo que dice Isabel: “reza mucho por mi pobre mamá. Tiene momentos de desesperación, pero no intenta retenerme” (Carta 64, 21 de junio de 1901), se puede ver que la que sufría más de las tres era la madre y, por lo tanto, es el motivo por excelencia para sentir más la intensificación de ese sacrificio.

Esta segunda fase alcanzó su final cuando Isabel mudó el centro de su atención. En realidad, lo que une a las tres no es el lema del sacrificio sino el tema de la vocación. Es el gozar de una nueva mirada que permite ver la misma situación, pero con ojos diferentes.

6. MISIÓN CUMPLIDA: UNA VOCACIÓN EN COMÚN

Isabel, después de su ingreso en el Carmelo, llegó a la convicción de que su vocación nunca había estado aislada de la vocación de su familia. En otros términos, llegó a ver en la vocación una realidad universal. A cada una, su madre, su hermana y ella misma, el Señor le estaba llamando. Cada una por un camino propio. De aquí que la nueva misión de Isabel sea ser la voz que despierta la conciencia de su madre y de su hermana a la realidad de la misma vocación.

A partir de aquí, adoptará una manera muy personalizada para relacionarse con cada una de ellas. Se hacía necesario partir desde la necesidad propia de cada una. Para sanar la herida causada por la separación y aliviar el sufrimiento causado por la nostalgia, era necesario para Isabel poner de relieve en la vida de su madre y de su hermana el vínculo de una vocación a la vez común y personal. El párrafo siguiente muestra, en cierta medida, la unión que hay entre ellas a nivel vocacional: “Hoy hace cuatro semanas que os dejé, queridas, pero nunca os he querido tanto. Gracias una vez más a mi querida mamá por haberme entregado a Dios. Gracias a mi pequeñito¹³ por su generosidad. Nunca olvidaré todo lo que ha hecho, pero, sobre todo, lo sabe Él” (Carta 89).

¹³ En varias ocasiones Isabel llamaba a su hermana Margarita de esta manera.

Es muy significativo el doble uso de la expresión “gracias” que hace Isabel. Es un énfasis intencional. Isabel habría podido unir las dos expresiones con un único “gracias”. Sin embargo, no lo hizo. Margarita, la destinataria de esta carta, sin darse cuenta, entra en la lógica que, en cierta medida, es buscada por Isabel. La lleva a distinguir entre su papel y el papel de su madre. La ayuda a subrayar el valor del “sí” pronunciado por cada una de las dos. Le permite considerar la indispensabilidad del “sí” de cada una. Son iguales pero uno no sustituye al otro.

Es un mismo objetivo al cual Isabel quiere llevar a las dos. Lo podemos ver en lo que añade a continuación en la misma carta a su hermana: “Que Él os dé todo lo que me da a mí; ¡que él os tome para sí y os haga totalmente suyas!” (Carta 89). Se puede ver en esta expresión tres deseos. Recibir lo que ella misma recibe de Él, porque sólo así podrán entender el contenido de su vocación y el de ellas mismas. Al caer en la cuenta de lo que se recibe de Él, será más fácil entregar lo que en principio se recibe de Él. No hay posibilidad de entrega si no se entra primero en la lógica del recibir. San Pablo pregunta “¿Qué tienes que no lo hayas recibido?” (1 Cor 4, 7), e Isabel ve en esta verdad la clave principal que va a llevar a su madre y a su hermana a un encuentro profundo con la propia vocación.

Es la clave que da acceso a la realización del segundo deseo “que Él os tome para sí”. Es decir que Él mismo llene su existencia. Que su presencia llegue a ser en sus vidas causa de saciedad y sed al mismo tiempo. Que Él ocupe completamente todo su ser. En todo lo que hagan, en todo lo que busquen, sea Él el centro de su atención. Isabel sabía muy bien que sus queridas no estaban lejos de lo que ella les deseaba. Sin embargo, sabía que era necesario todavía realizar un gran paso en el itinerario de sus vidas: salir del límite del puro sacrificio, al cual asociaban la vocación de Isabel, y abrirse al nuevo horizonte sin horizonte, es decir, a Jesucristo, que en su relación con cada una de ellas les revela su propia vocación.

Gozar de esta experiencia, significa de hecho alcanzar el contenido del tercer deseo: “que Él os haga totalmente suya”. Aquí se habla de una unión perfecta con Él, ipso facto, con los demás. Donde estoy yo está Él y está el otro; donde está el otro está Él y estoy yo; y donde está Él estamos el otro y yo. Isabel al expresar sus tres deseos, guiada por el Espíritu Santo, orientaba hacia su plenitud el itinerario vocacional de las tres. Ella confiaba en la fuerza de estos deseos que manifiestan la vocación única y común entre todos los bautizados. Al mismo tiempo intuía su utilidad para romper el obstáculo de la distancia y separación entre ellas, porque el que las une es mucho más fuerte: “pues nuestras almas están unidas en Quien es todo Amor” (Carta 95, a su hermana Margarita). Uno de los lugares más significativos donde Isabel expresa esta verdad es en otra carta a Margarita: “pues nosotras no estamos separadas, ¿verdad? Tú ya conoces bien la oración que Cristo dirigió a su Padre: ‘este es mi deseo: que sean uno, como tú y yo somos uno’. Y cuando entre las almas se ha consumado esa ‘unidad’, creo que ya no es posible la separación. También tú lo sientes así, ¿no es cierto?” (Carta 109).

Sin embargo, y para llegar a esto, Isabel era perfectamente consciente de que tenía que pasar por los canales de la vida cotidiana. Es lógico pues, que para reducir o quitar la aparente separación entre ellas, acercarlas al Carmelo como monasterio. El modo que optó para cumplir esta tarea es el estilo descriptivo. Isabel trataba en sus cartas de describir detalladamente la vida en el Carmelo. Muchos ejemplos podemos mencionar aquí. Pero son muy significativas las primeras cartas escritas por Isabel desde el Carmelo y destinadas a su madre y a su hermana, respectivamente. Dichas cartas muestran la gran importancia que daba Isabel a esta descripción. A partir de aquí se puede hablar de una intencionalidad a nivel de contenido. Es obvio, pues, que para hablar de unidad entre ellas y no de separación, era necesario, en primer lugar, romper la grosura de los muros del Carmelo. De aquí se entiende la efectividad de la descripción, método utilizado por Isabel.

La descripción abarcaba el horario de la comunidad: “Me acuesto antes de las nueve y me despierto a las cinco y media” (Carta 85); “Nuestra querida Madre viene todos los días al noviciado de 2 y media a 3” (Carta 89), entre otros ejemplos. También habla de las celebraciones extra que tienen como comunidad: “el martes tendremos una toma de velo, ya te contaré esa ceremonia” (Carta 86); de los trabajos que tienen que cumplir, por ejemplo, en la lavandería:

Hemos estado de colada. Con ese motivo, me puse el gorro de dormir, me remangué el hábito pardo, me puse encima un gran delantal y, para completarlo, unos chanclos. Bajé así a la lavandería, donde las hermanas restregaban y restregaban, y traté de hacer como las demás. Chapoteaba y me salpicaba de lo lindo, pero no me importaba, ¡estaba feliz! (Carta 89).

A Isabel tampoco no se le escapaba describir algunos rincones particulares del monasterio como, por ejemplo, su celda, la capilla, entre otros. De hecho, compartir todo esto, se presenta como una manera muy eficaz para acercar las distancias. Saber el horario del otro e imaginar el lugar donde vive ayuda mucho a reducir la intensidad de la separación, y ayuda a gozar un cierto grado de unión.

A parte de todo eso, Isabel dedica un lenguaje particular y casi exclusivo al escribir a su madre. Sabía muy bien que para reducir la distancia era necesario darle razones y argumentos para que estuviese tranquila y serena. De aquí la importancia que veía Isabel de mencionar a su madre de que duerme muy bien: “en mi jergón de paja duermo como una bendita. Hace mucho que no me pasaba esto”; de que come muy bien: “Mi salud es perfecta, me ha vuelto el apetito de antes y hago los honores a la cocina del Carmelo” (Carta 85); de que las monjas muestran flexibilidad al hacerla observar algunas disciplinas: “esta mañana, día de mi primer ayuno, me han hecho tomar algo” (Carta 89). Sin duda alguna que este último punto era intencional, ya que era un asunto que su madre controlaba mucho en las prácticas religiosas de su hija.

En el período inicial de su estancia en el Carmelo, Isabel recurría muchas veces a un estilo divertido o humorístico en sus cartas. Como lo que vemos, por ejemplo, contando a su madre su experiencia con la cama nueva: “la primera noche no me sentía muy segura y me preguntaba si no iría a caerme rodando” (Carta 85). Otro ejemplo lo vemos en la siguiente narración:

la otra noche pasé un miedo enorme, y creo que, si mi mamaíta hubiese estado en mi lugar, no habría sido más valiente que yo. A las 8 subí con la lámpara a la celda. Normalmente, cuando tengo luz, cierro la ventana; pero, como sólo la tenía para unos momentos, la dejé abierta. De pronto sentí algo por encima de la cabeza. ¿Y qué vi? ¡Un murciélago que estaba retozando en mi celda! Dios me dio fuerzas para no gritar. Me puse a salvo en el pasillo y tenía unas ganas enormes de llamar a la puerta de la Madre superiora, que es mi vecina de celda. Armándome de todo mi valor, volví a entrar, apagué la luz ¡y todo terminó! (Carta 92).

Todo este ejercicio que hacía Isabel frente a su familia estaba acompañado muchas veces por una petición mutua. Es decir, Isabel pedía, en muchas ocasiones, a su hermana y a su madre, compartir con ella por medio de las cartas, los acontecimientos de sus vidas. Por ejemplo: “contadme todo lo que hacéis, me encantará tener noticias vuestras” (Carta 85), y también “todos vuestros detalles me interesan”. De hecho, esta petición tiene el papel de complementar la iniciativa de Isabel. En ella, Isabel subraya la importancia de la reciprocidad para mantener el nivel más profundo de unión entre las tres.

Llegamos ahora al último punto en el desarrollo de nuestra presentación. En él quisiéramos indicar lo que hay en común en las vocaciones de los tres miembros de la familia Catez. En primer lugar, en sus cartas, Isabel orienta nuestra mirada a la dimensión maternal de sus vocaciones. Una maternidad humana y otra espiritual. La primera toca la vida de su madre y de su hermana, y la segunda toca a Isabel. Sin embargo, entre ellas hay una conexión muy fuerte. Es la vocación donde la persona asume la responsabilidad de cuidar y hacer crecer a un hijo tanto espiritual como humanamente.

Isabel mostraba de manera indirecta esta dimensión maternal dirigiéndose a su hermana con expresiones como: “mi querida pequeña Margarita” (Carta 89), y a veces de manera directa como lo que leemos a continuación: “sí hermanita, en el cielo me alegraré al ver que mi Cristo aparece tan hermoso en tu alma; y no estaré celosa, sino que, con orgullo de madre, le diré: Fui yo, una pobre miserable, quien engendró esta alma a tu vida” (Carta 239).

Isabel subrayaba también esta dimensión en la vida de Margarita y de su madre. Hablando con su madre le hace ver el precioso *fiat* que pronunció, al igual que María, cuando entregó su hija mayor al Hijo unigénito de María. Isabel buscaba llevar a su madre a una identificación a nivel vocacional con la maternidad de María

el domingo, festividad de la Virgen de los Dolores, pensé que era en cierto modo tu santo, querida mamaíta... He puesto tu alma en la de la Madre Dolorosa y le pedí que te consolara... ¡Cómo amo esas lágrimas de la Virgen! Las uno a las que mi pobre mamá derrama cuando piensa en su Isabel... Yo necesitaba tu "Fiat" para entrar en este rincón del cielo. Gracias nuevamente por haberlo pronunciado con tanta valentía (Carta 94).

Y hablando con su hermana le hace gozar del don precioso que el Señor le concedió en sus dos niñas: "¡cómo bendice Él, hermanita, tu nido! ¡Cuánto te ama al confiarte esas dos almas infantiles que Él eligió en Cristo, antes de crear el mundo, para que sean santas e irreprochables ante Él por el amor! A ti te toca orientarlas hacia Él y hacer que sean totalmente tuyas" (Carta 227).

En segundo lugar, Isabel subraya la dimensión carmelitana de la vocación de las tres. De modo particular indicaríamos aquí dos aspectos. Empecemos con la unión entre Marta y María, los dos personajes neotestamentarios, las hermanas de Lázaro. María representa la dimensión meditativa en su relación con el Señor y Marta la vida activa. En la tradición carmelitana esas dos figuras son el espejo de una única realidad: estar en la presencia del Señor. Isabel invita su hermana a entrar en esta misma verdad

es tan cierto, pequeñito mío, que Él está en nuestras almas y que las dos estamos siempre muy juntas como Marta y María; mientras tú trabajas, yo te guardo junto a Él. Y, además, tú sabes bien que cuando se le ama, las cosas exteriores no pueden alejarnos del Maestro, y mi Guita es a la vez Marta y María (Carta 183).

Y en otra ocasión le dice:

¿Y la meditación? Te aconsejo que simplifiques más eso de los libros, que leas un poco menos... Coge el Crucifijo, mira, escucha... no te turbes cuando estés muy ocupada y no puedas hacer todos tus ejercicios piadosos: se puede orar al Señor mientras se trabaja, basta con pensar en Él (Carta 93).

La misma invitación hace Isabel a su madre, sin embargo, sabe muy bien que después de su ingreso al Carmelo, y después del matrimonio de Margarita, la madre tenía pocas cosas para hacer y se enfrentaba más con el tema de la soledad. A partir de esto, Isabel quiso llamar la atención de su madre a la dimensión del recogimiento, como único remedio para llenar los vacíos experimentados en casa. En esta soledad precisamente Isabel quiso hacer presente a Cristo en la vida de su madre de manera más intensa.

Lo que hacía Isabel era tratar de despertar en la conciencia de su madre la siguiente verdad:

mamá querida, ¡si supieses cómo te ama el Maestro y como bendice tu sacrificio! “El que cumple la voluntad de mi Padre –ha dicho Él–, ése es mi padre y mi madre y mi hermana”. A ti, creo yo, es a quien dirige estas palabras: el Niño Jesús del pesebre tiende hacia ti sus brazos con amor y te llama su “madre”. Tú le has entregado a tu hija para que sea su esposa, y él se hace tu hijo querido. ¿Ves?, Él me ha tomado para darse más a ti. Escúchale, haz silencio, y Él te dará todos mis recados (Carta 104).

Y en otro lugar le afirma que sólo Dios puede llenar el silencio de su casa: “querida mamá: en el cielo o en la tierra, los seres ausentes están muy cerca de ti, ¿no los sientes? Sí, mamá querida, no estás sola: ¡Él está ahí, Él y quienes te han dejado por Él!” (Carta 141).

Otro ejemplo significativo lo encontramos aquí:

Si vieras qué gran verdad es que yo tengo la mejor parte... Nuestra celda está llena de silencio, y sobre todo llena de la presencia de Dios... quiero expresarte un deseo: que el que me ha hecho suya sea cada vez más para ti el Amigo en quien puedas descansar de todo. Vive en su intimidad como se vive con una Persona amada, en un dulce intercambio de amor. Éste es el secreto de la felicidad de tu hija (Carta 170).

Isabel aprovechaba también las vacaciones de su madre para enseñarle cómo a través de la naturaleza puede convertir su vida en una actitud de meditación continua. Un ejemplo de esto podemos verlo en esta carta:

Disfrutad mucho de ese hermoso país¹⁴, que la naturaleza nos lleva a Dios. ¡Cómo me gustaban esas montañas! Me hablaban de Él. Pero, mirad, queridas mías, los horizontes del Carmelo son aún mucho más hermosos: ¡son el Infinito! En Dios, yo tengo todos los valles, todos los lagos, todos los paisajes... Le pido que se adueñe de vosotras como se ha adueñado de mí (Carta 87).

Lo que buscaba Isabel a través de todo esto era contagiar a su madre con su propia convicción sobre la necesidad de tener una visión positiva y esperanzadora a pesar de todas las tristezas. Y aquí merece la pena mencionar lo que ella escribe a su madre en una de las cartas: “ha sido para mí una verdadera delicia leer tu larga carta y me alegro de que te sientas tan feliz entre tus dos tesoros”¹⁵. En lo que escribe Isabel aquí vemos claramente que, para captar la alegría de su madre, se fundamenta justamente en una de las cartas redactadas por la misma madre. Isabel vio aquí

¹⁴ Se refiere a Suiza.

¹⁵ Se refiere a su hermana Margarita y a su primera sobrina recién nacida.

una oportunidad para transmitir, de manera sutil, su convicción de que en la vida no nos podemos quedar únicamente en los momentos tristes, cerrando los ojos a todo lo que viene después y que puede sanar o recompensar dichos momentos tristes por otros alegres. Por eso Isabel, en la misma carta y sin duda alguna de manera intencional, siguió escribiendo lo siguiente: “hace tres años ese viaje fue muy triste, porque acababas de llevar a tu Isabel al Carmelo. Este año tienes en lugar suyo a un querido angelito” (Carta 209).

* * *

La conciencia sobre la unión entre las diferentes misiones vividas a lo largo del camino de la vida es lo que hizo de la vocación de Isabel en su totalidad una síntesis del conjunto de todas las otras misiones. En otros términos y para entender a Isabel expresándose, por ejemplo, como “alabanza de gloria” o como “humanidad suplementaria”, es muy importante echar un vistazo a todas las pequeñas misiones que la convirtieron en tal.

Aquí, pues, está la clave que dio lugar en la vida de Isabel a experimentar una consciencia que le permitía avanzar cada vez más en la misión ya encontrada, convirtiéndola al mismo tiempo en una ocasión para la construcción progresiva de su vocación en su totalidad.

En resumen, si reunimos todo lo que dice Isabel a su madre y a su hermana sobre el deseo de estar donde ella está, sobre el recogimiento, la soledad, el silencio, la naturaleza, la meditación continua, el dejarse llevar por la sorpresa que hay en los acontecimientos de la vida, el saber alegrarse por la alegría de los demás, el mantenerse alegres a pesar de las tristezas que uno podría encontrar por el camino..., todo eso tiene su eco en el aprendizaje que realizó Isabel en su vida antes de ingresar al Carmelo. Para ella, ya llegó el momento de utilizar dicho aprendizaje para orientar y consolidar la vida de los demás, empezando por su propia familia. Este aprendizaje que le ayudó a construir su propio itinerario vocacional tendría también una palabra en la construcción del itinerario vocacional de los demás, y en modo particular en el de su madre y su hermana.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

- CUARTAS R. – SANCHO F.J., *100 fichas sobre Isabel de la Trinidad*, Burgos 2006.
- DE BALBIN R.M., *Sacrificio y alegría*, 2ª edición, Madrid 1975.
- DE MEESTER C., *Isabel de la Trinidad. Biografía*, Burgos 2007.
- ÉLISABETH DE LA TRINITÉ, *Œuvres complètes*, édition critique réalisée par le Père Conrad de Meester, 11^e édition, Paris 2011.
- GARCÍA C., *Sor Isabel de la Trinidad. Experiencia de Dios en su vida y escritos*, Burgos 2006.
- ISABEL DE LA TRINIDAD, *Recuerdos*, Editorial de Espiritualidad, 3ª edición, Madrid 1985.
- SOR ISABEL DE LA TRINIDAD, *Obras completas*, edición preparada por Manuel Ordóñez Villarroel y Alfonso Aparicio, 7ª edición, Burgos 2009.

ABSTRACT

ANTONIO KADDISSY, OCD

Élisabeth Catez: The Genesis of Her Religious Calling

Attempting to reconstruct the vocational path of Élisabeth Catez, let us enter the world of her letters. Through her spiritual writings, she helps us see a set of small missions that are seemingly isolated from one another. However, when they are combined we can observe that from Élisabeth's perspective there was Someone who merged all the events of her into a one whole. This study aims at demonstrating that any religious vocation must go through a set of events related to the life of the given person.

The world of spiritual events is parallel to the world of daily life. Indeed, an authentic religious calling is born within one's normal life. In fact, speaking about vocations means speaking about minor challenges that will change into small missions leading to a serious, magnificent religious vocation.

Keywords: vocation, mission, vocational path, everyday life, nature, friendship, sacrifice, joy

Palabras claves: vocación, misión, itinerario, familia, vida cotidiana, naturaleza, amistades, sacrificio, alegría

Słowa kluczowe: powołanie, misja, itinerarium, rodzina, życie codzienne, natura, przyjaźnie, ofiara, radość